Más adelante, el libro nos conduce a la necesidad de recuperar elementos fundamentales en la formación del ciudadano, como la *paideia*, y a reconocer en Sócrates las tareas propias del maestro. En sus orígenes, la escuela no fue concebida para aprender lo útil, sino para cultivar el ocio contemplativo, promoviendo aquellas disposiciones intelectuales y morales necesarias para participar de la vida pública de manera culta y civilizada.

Se trataba de aprender a "leer y escribir bien, a estudiar, a escuchar, a formarse criterio y contrastarlo discursivamente; en definitiva, aprender a pensar y a discutir con rigor, a armar razonamientos que puedan comparecer en una conversación significativa y que puedan confrontarse entre sí" (p. 93). La tarea del maestro consiste en formular preguntas que nos hagan volver críticamente sobre nuestros juicios y prejuicios. Asimismo, debe ayudar a dar a luz y dar forma a aquello que ya sabemos, ayudándonos a definir, es decir, a delimitar. La escuela fue pensada como una introducción a la realidad mediante un lenguaje significativo. En su concepción original tuvieron un papel decisivo, por un lado, el cuidado socrático por la definición conceptual; por otro, la idea platónica de lucidez y, asimismo, la exigencia aristotélica de rigor en el discurso de la razón (p. 181).

En educación, la filosofía puede ser una herramienta valiosa para superar la desazón con la que muchas veces vivimos. El no filósofo, en lugar de buscar el saber, se conforma con la opinión, con el parecido, con la imagen y con lo no original; se queda en la caverna platónica, se instala en lo virtual. Sin embargo, "no podemos hoy sacar por completo la virtualización; sería insostenible y anacrónico, pero una educación menos virtual es una ayuda al crecimiento de lo más humano del ser humano" (p. 177).

Cuando la educación hace que el aprendizaje sea cada vez más técnico, este libro muestra la necesidad de reconciliar la enseñanza con el pensamiento, volviendo a aquello humano que dio origen a la escuela. Es preciso reivindicar nuevamente el asombro como origen del saber y la importancia de la palabra como generadora de diálogo y reflexión. Porque una pedagogía sin fundamento filosófico podría convertirse en una forma de ingeniería social, y una filosofía que no se proyecte hacia lo público no estaría suficientemente pensada.

Ricardo Ramírez

Una imagen y algo más. Ensayo sobre la religiosidad popular en fiestas andinas

Pablo Iriarte
Ediciones UC
Santiago, 2025
105 págs.



Una vieja controversia enfrenta a dos mujeres de la Puna atacameña: una evangélica, que sostiene que las imágenes religiosas de la Virgen son solo eso –una representación visual y nada más–, y una

devota católica, que defiende con vehemencia que hay *algo más*. ¿En qué consiste exactamente ese algo más?

El libro de Pablo Iriarte es un magnífico ensayo sobre el estatuto de las imágenes sagradas veneradas en las fiestas religiosas del Norte Grande chileno y argentino. La obra se sustenta en un trabajo etnográfico desarrollado a lo largo de varios años en dos celebraciones emblemáticas: la fiesta de Nuestra Señora de Ayquina (en la Región de Antofagasta) y la fiesta de la Virgen del Valle (en San Fernando del Valle de Catamarca). Se trata de un estudio riguroso y perspicaz que observa las múltiples prácticas que los devotos despliegan en torno a las imágenes.

Estas prácticas se dividen en dos tipos: las secularizadoras (como vender una imagen o emplearla con fines meramente decorativos) y las sacralizadoras (honrarlas corporal y sensiblemente mediante el contacto, el beso, el porte en andas o la postración). La fuerza sagrada de la imagen no se construye a partir de un sistema abstracto de creencias, sino a través de estas acciones tangibles, denominadas "imaginarias", rescatando la antigua acepción del término que designaba al artesano dedicado a pintar o esculpir imágenes.

El debate sobre las imágenes religiosas se enmarca en una cuestión más amplia: la tensión entre secularización y sacralización, asunto central del segundo capítulo del libro. Resulta evidente que para comprender la relación entre religión y modernidad no basta con recurrir al concepto clásico de secularización; la vitalidad de estas fiestas así lo demuestra.

El capítulo final destaca por la originalidad de sus temas y enfoque. Aquí se argumenta que las imágenes no son textos pasibles de mera interpretación hermenéutica. Las representaciones de la Virgen son sumamente variadas y, en ocasiones, caprichosas: con o sin corona o niño en brazos, morenas o blancas, hieráticas o dinámicas. Nuevamente, lo determinante no es la representación en sí, sino las prácticas mediante las cuales se entabla un vínculo con la imagen. En este punto cobra relevancia la reproducibilidad técnica de lo sagrado: miles de figurillas marianas se comercializan en las ferias del santuario, pero son sustraídas del mundo profano mediante la bendición sacerdotal o el frote que el devoto realiza contra la imagen original, ya sea dentro del templo o durante la procesión.

Por último, las prácticas votivas y las peticiones presentan particularidades curiosas. Muchos devotos dibujan en la arena del desierto aquello que solicitan, para que la Virgen lo advierta a su paso; otros recurren a estatuillas en miniatura (como una pequeña casa dejada a sus pies), costumbre que remite a la arraigada tradición andina de la miniaturización. En esta dinámica se pide, pero también se ofrece. El voto festivo –entendido desde la perspectiva de la "economía general" teórica de Georges Bataille– no constituye un intercambio entre equivalentes donde se da exactamente lo mismo que se recibe. Ilustra este fenómeno el relato sobre el "milagro de la cadena": un caballero alardeaba de que la Virgen lo había sanado gracias a una cadena de oro depositada a sus pies; al instante, volvió a enfermar. Y es que la Virgen da siempre en sobreabundancia, por pura gracia y no por un mero cálculo de merecimientos.

Eduardo Valenzuela